

## REVIEWS / RESEÑAS

### ***Poética narrativa de Jorge Luis Borges.***

Gil Guerrero, Herminia.

Madrid / Frankfurt: Iberoamericana / Vervuert, 2008. 192 pp.

Gil Guerrero enfoca cuestiones que han ocupado gradualmente a la crítica: “¿es Borges un crítico literario en el sentido lato del término?, ¿es posible hablar de una poética de la narración coherente en el corpus crítico del autor?” (9). A este respecto, estudia textos “críticos” y relatos que Borges publicó entre 1935 y 1975. Para ello ha dividido el volumen en una parte dedicada a “la crítica practicante” y otra a “la praxis cuentística”. En la primera, Gil Guerrero distingue un momento inmanentista de otro recepcionista, vinculando los “postulados estéticos” de Borges con la historia y literatura argentinas del período 1930-1940. La segunda parte abarca tres apartados. Conclusión y bibliografía completan el volumen.

Gil Guerrero no establece qué textos debemos atribuir al “Borges crítico”. Clave para entender la “obra crítica” serían el período ultraísta y “la acusada influencia” de Poe en cuanto a brevedad, unidad de efecto, reacción ante el idealismo romántico, preeminencia del cuento y énfasis en la narración sobre la descripción. Las citas de Poe que probarían esta filiación no siempre resultan pertinentes: la duplicación de versión inglesa y traducción española dificulta la lectura. A continuación, Gil Guerrero asimila el inmanentismo de Borges (que derivaría de Poe) a los postulados del formalismo ruso. Un tanto oblicuo, el argumento reviste cierta vaguedad: “El concepto de *des-anquilosamiento* borgiano se acerca a los términos de *extrañamiento* y *desautomatización* que paralelamente se desarrollan en el

seno del Formalismo ruso” (37). La distancia histórica, literaria y contextual que separa a Borges de Poe exige reservas y algún matiz.

Supuesta la línea inmanentista Poe-formalismo, se analiza la cuestión de la *recepción* en Borges, la “hora del lector”. Se reitera el procedimiento; los *Textos recobrados* son puestos en relación con teóricos contemporáneos, especialmente Mukarovsky: “[B]orges anticipa de algún modo el camino que habría de recorrer la crítica literaria (...) hacia una ciencia interesada por el *hecho literario* entendido como *hecho comunicativo* en el que el lector acaba desarrollando un papel fundamental” (49). Borges, además, se inclinaría por una concepción semiótica similar a la de Peirce. La autora parece prever objeciones: “[¿C]onoció Borges los avances que la teoría de la literatura conseguiría en el momento que él desarrolló su propia tesis semiótica? Es imposible responder a esta pregunta.” (50). Además, Gil Guerrero recurre a la reseña de Borges, de 1938, a *Introduction à la Poétique* de Valéry, para sostener que ambos se adelantaron a “la Escuela de Constanza y la Estética de la recepción”. Las ideas de Jauss esclarecerían “la vaga y abstracta propuesta borgiana” (55). Una vez más, Gil Guerrero advierte el peligro de “comparar una teoría literaria con una propuesta de un *crítico practicante*” (55).

En el siguiente apartado, quizás el menos cuidado de la obra, la autora relaciona la “poética borgesiana” con el contexto argentino: “Con su llegada a Buenos Aires en 1921, Borges comenzó a actuar en la literatura de su país desde los medios de difusión masiva” (66). Es discutible el carácter de “medios masivos” de *Prisma, Proa* o *Nosotros*. Por otra parte, se reiteran los postulados de B. Sarlo en *Borges. A Writer on the Edge* (1993), sobre criollismo urbano, las *orillas*, el ultraísmo como vanguardia tardía, la relectura de la tradición gauchesca y del modernismo: hubiera sido necesario enfatizar el carácter *estratégico* de los textos de Borges durante esta época.

Interesan a la autora la práctica y “teoría” del fantástico y el policial en Borges: de sus reseñas de textos policiales se desprendería “una normativa del género”, un “verdadero código”. La insistente búsqueda de filiaciones conduce a una paradoja: ¿“copió” Borges postulados ajenos o desarrolló efectivamente una poética? “[E]l código policial borgiano de 1935 puede considerarse una breve síntesis de los códigos de sus maestros Poe y Chesterton” (nota 35, 142). De modo llamativo, se omiten referencias a la obra en colaboración con Bioy Casares.

Si la primera parte presenta algunos problemas, la dedicada a la narrativa, en su estructura monográfica, no aporta nuevas perspectivas y el modelo de análisis propuesto (“[L]o fantástico debe entenderse como el resultado de un conjunto de transgresiones de distinta naturaleza que tienen lugar en el nivel semántico, fundamentalmente, pero no en exclusiva”, 124) no resulta productivo. De la misma manera, los resúmenes de textos, que el lector de Borges conoce, son muy extensos y se advierte cierta confusión en los niveles de análisis. Por ejemplo, en lo relativo a “Los teólogos”: “[Los grupos heréticos] llevan a cabo una lectura de San Agustín, considerando ortodoxo lo que él había refutado como hereje y, por tanto, dando una nueva significación a sus palabras fruto de *una relectura afectada por el paso del tiempo y el horizonte de expectativas de los sectarios.*” (129, énfasis mío), o respecto de “El Aleph” (135). No resulta sorprendente que las conclusiones sean excesivamente generalizadoras.

Pasajes de redacción confusa (véase, por ejemplo, 58, 60, 175, 179) o erratas (referencias a “Historia de Rosendo Suárez”, 162 y 168) son menos importantes que los puntos discutibles ya señalados. Estos pueden explicarse, tal vez, por la falta de una adecuada problematización acerca de qué pudo significar la crítica en la obra de Borges. Al privilegiar la producción inicial de Borges, el libro de Gil Guerrero carece de una interpretación rigurosa de las divergencias y convergencias entre textos cronológicamente distantes: inferir una poética a partir de textos separados por décadas, y por la evolución misma de la escritura de Borges, arroja resultados dudosos.

En un estudio incluido en *Otras inquisiciones*, Borges alude al carácter vasto e incomunicado de la literatura. La idea no es menos aplicable al ámbito de la crítica: es casi inevitable leer el trabajo de Gil Guerrero a la luz del excelente libro de S. Pastormerlo, *Borges crítico* (Buenos Aires: FCE, 2007) la omisión más significativa de la bibliografía (junto con Sarlo, “Borges en Sur: un episodio del formalismo criollo”, *Punto de vista* 16).

Es probable que las lecturas de Borges más sugestivas no son aquellas que lo asimilan a escrituras ajenas o campos disciplinares: tal vez sea necesario salir de Borges, leerlo como un escritor “prescindible”, “extraño”, y sólo entonces, una vez más, abocarnos a entender cómo fue posible su literatura.

Román Facundo Espino  
Universidad Nacional del Sur

***Borges crítico.***

Pastornerlo, Sergio.

Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007. 198 pp.

Enough can never be said about Borges, especially in light of recent work like that of Sergio Pastornerlo in which he examines the critical trajectory of the Argentinean author. In *Borges crítico* (2007), Pastornerlo grapples directly both with Borges's way of reviewing literature and with the controversy that his strategy generated among writers and critics, situating him in the central debate of what constitutes a literary critical work. Borges believed that a writer leaves two works: his writings and his image as a writer. But then why is his image as a critic not well defined in his works? Pastornerlo responds to this question in this book. Most of us understand criticism to consist of evaluating the literary merit of writers; Pastornerlo's book addresses how the critical production of Borges demystifies the same act of critical production, a type of demystification that has its repercussions among writers and academic critics. Based on Borges's critical writing in journals such as *Sur* or *El Hogar*, the author examines the dichotomies created by Borges: the "writer's critique" and "academic critique," an endeavor that Borges himself pursued in parallel to his "destiny" (as described by Pastornerlo) as a fictional writer and as a poet.

In his prologue, Pastornerlo entertains the critical categorization of Borges—by Adolfo Prieto in his book *Borges y la nueva generación*—as a bad critic of literature for his alleged lack of knowledge of the norms of critical production in academia. Pastornerlo, in response, constructs an argument that defines Borges as an important critic and as an avid reader. Pastornerlo formulates two main questions: (1) what did Borges do to Argentine literature with his publications, and (2) why has Borges, the critic, lacked an image as a critic. In his judgment, Borges is above all a critic who is able to establish crucial relationships between literatures across history but this, at the same time, contributes to a weakening of his image as a critic. Pastornerlo claims: "No leer a Borges es un buen método para no entender la literatura argentina" (26). According to the author, Borges's critical way of reading and, by the same token, his disbelief in criticism, which he thought would distance the writer and the reader, is precisely what makes him the kind of writer that would transform Argentine literature. In order to answer his main questions, Pastornerlo positions himself in the middle of a discourse already created by Prieto, Rodríguez Monegal, Piglia, Pezzoni and Sarlo, among others, regarding how Borges has been reviewed as a critic across time.

Pastornerlo constructs Borges as an object visible through the prism of three central "personajes" (or characters) present in his critical work: the "superstitious man,"

the “atheist,” and the “priest.” He reveals Borges as being able to construct a sort of literary, priestly image through the autobiographical presence in his works and his interviews, consecrating the author’s life, not to live but to read. And just as Borges credits Poe for creating the skeptical reader, Pastormerlo credits Borges for making critics out of his readers. Pastormerlo studies this transition from reader to critic through Borges’s creation of the “atheist” figure, an image that rejects a single way of believing in literature and that provides a counter weight to the excessive devotion to books of the “superstitious” figure.

Pastormerlo describes Borges as a critic who had sympathy neither with the common “superstitious” reader nor with the writer who writes in order to appeal to this credulous reader. At the same time, for Pastormerlo as for Borges, as readers develops a system of beliefs through literature, they must also exercise skepticism towards that same system of beliefs created by the writer. Borges’s questioning of the conditions of a belief and literary value is, according to Pastormerlo, key to a rupturing of the paradigm of the superstitious veneration of the original text-object. Pastormerlo analyzes Borges by providing examples of how author’s critical work helps the reader to better understand the relationships built between *Quijote*, Menard, Valéry and Duchamp, and by showcasing the superstitions and the sacrileges accorded to a classic text, to an “original” work and to a translation. He then expands on Borges’s critical take on encyclopedic texts, on the contradictory figure of Poe, on metaphors and on the separation of politics and literature. Finally, Pastormerlo enters into the subject of the critique of taste, where he recognizes the relationship that Borges establishes between literature and ideology.

Readers of this excellent book will find a literary genre that intersects Borges’s complete works, providing them with a platform not only to reread his texts with a different set of lenses, but also to reexamine the way literary criticism functions in Argentina. This lucid book helps readers to understand the work of Borges through his creation of images and their transformations throughout his career. Pastormerlo describes the various images left by Borges (the youth, the avant-garde poet, the translator, the leftist militant) and how these images dissolved into others. As an image that has somehow lost its effect, the figure of the critic in Borges can only be understood by recognizing how Borges interjected himself in both “academic critique” and “writer’s critique.” Pastormerlo gives an excellent presentation of examples that reinforce his argument for positioning Borges, above all, as a critic. These examples (taken from short stories, essays and interviews) point the reader to a literary critical point of origin that, in effect, transforms taste and ways of believing in literature. Pastormerlo adopts Borges’s program by converting critical analysis into a reflexive exercise and by modifying current

critical debates. *Borges crítico* is a pleasure to read, and important for showing how his creative work is complemented by his critical work.

*Nashieli Marcano*  
University of Pittsburgh